LENGUAS DE PIEDRA

SOBRE LOS ENIGMAS DEL CLAUSTRO UNIVERSITARIO SALMANTINO

Este procer claustro de la Escuela Salmantina, el del cedro simbólico y conventual, que rompiendo su encierro asoma curioso la cabeza por encima del tejado para contemplar las torres vecinas de ambas catedrales y la soberbia mole de piedra que don Felipe III y D.ª Margarita mandaron edificar para la Compañía de Jesús; este patio ennoblecido por el hollar quedo y reposado de los viejos maestros, que rumiando la lección del día se dirigían a sus cátedras, y por la alegría contagiosa de los escolares que tantas veces, durante varias generaciones, como consta en los libros de claustro, convertían el brocal del clásico pozo en tribuna para sus arengas, guarda un secreto.

Es el de aquellos emblemas o enigmas del lienzo de levante, que ya de antiguo llamaban la atención del curioso viajero, que ante estos muros, tostados por mil soles, se detenía.

Y no es de extrañar que a pesar de los varios intentos que para aclararlos se han hecho no se haya aún logrado. Estos *facedores* de enigmas, de propio intento los inventaban tortuosos y desconcertantes, para que con el esfuerzo empleado en descubrir su significación, se grabara mejor la sentencia que encerraban.

«Symbolorum id propium est, dice Claudio Minois, ut gyris quibusdam et mæandris nempe obscuris sententiarum involucris obtegantur. Si enim tam aperte et popularis esset inventio, nihil doctrinæ aut gratiæ in iis esse videretur.» (1)

Estos emblemas, sabias amonestaciones del Alma Mater a sus

(1) Andræ Alciati v. c. emblemata cum Claudii Minois ad eadem commentariis. Lugduni. Gulielmus Novilis. 1600. (En el prólogo).

hijos, debieron esculpirse ya en el último tercio del siglo XVI. No se explica fácilmente de otro modo, que no se ocupen ni mencionen siquiera tales enigmas, Pedro de Medina, por ejemplo, que nos habla del reloj que había en la torre de la capilla, hacia el patio, con su negro que daba las horas, dos carneros que daban las medias y los tres Reyes Magos con dos ángeles que se humillaban todas las mañanas a las nueve en punto, ante la imagen de la Virgen que estaba encima;[1] ni el Brocense, que en sus comentarios a los emblemas de Alciato nos describe detalladamente, aunque menos relacionadas con el asunto de su libro, las cuatro estatuas que aún hoy se ven en la Biblioteca Universitaria.[2]

Hacia mediados del siglo XVIII, escribió el bachiller de pupilos D. Juan González de Dios, su «Index contractus iconem et inscripciones exhibens, quæ visuntur in ædibus Salmanticensis Academiæ», y en él, refiriéndose a las inscripciones y enigmas de que vamos a ocuparnos en el presente trabajo, dice: «Quæ in centro est indignam exinscriptione judicavimus. Quas autem latera ostendunt dedita etiam opera prætermittimur: cum quia ex majore ex parte attritæ sunt, et laceratæ morsibus, tum quia nihil prorsus continent quod erudiat...»

Y este es el primer testimonio que sobre las inscripciones hemos podido hallar.

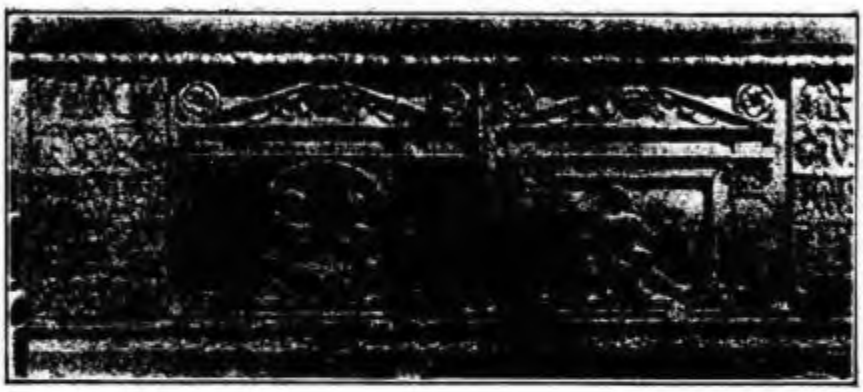
Cuando el señor bachiller las examina están ya envejecidas y estropeadas, aunque poco más de siglo y medio debían llevar colocadas en el patio. El por qué de tan rápido deterioro nos lo explicaremos cuando sepamos el modo algo insólito de ejecutar la obra.

---

(1) Pedro de Medina. Libro de las grandezas y cosas memorables de España. En el capítulo dedicado a Salamanca.—La primera edición es de Sevilla. 1543.

(2) «In Salmanticensi bibliotheca visuntur hodie statuæ lapideæ ita affabre expolitæ, ut cum antiquitate possint certare, quæ omnes typum occasionis ostendunt. Est enim illic puer globo insidens capillitio super oculos effuso, in manu habens novaculam cum inscriptione καιρός, quæ vox occasionem significat. Hunc circunstat Mercurius et Fortuna cum cornu copiæ. Per quæ invenitur posse occasionem tribuere quidquid Mercurius et Fortuna possunt. Sequitur hos vetula plorabundo vultu, quæ Metanœam, id est, pœnitentiam refert.»

Francisci Sanctii Brocensis... Comment in And. Alciati emblemata. Lugduni apud Guliel. Rovillium, 1573, pág. 361. (La primera edición debió imprimirse pocos años antes. No hemos tenido ocasión de consultarlo).



CHI VA PIANO...

Siete son los recuadros en que está dividida la parte exterior del corredor en la que van esculpidos seguidamente los enigmas. Cada uno de estos está comprendido dentro del arco que forman los ventanales y sirviéndole de antepecho.

Comenzando a examinarlos de izquierda a derecha del espectador, fijémonos en este primero dividido en dos compartimentos, cada uno de bien marcado clasicismo renacentista, que encuadran las figuras.

Representa en primer término a dos ángeles con una bola, cuya pesadez palpablemente se ve por el esfuerzo que con ambas manos hacen para sostenerla. Medio cuerpo está sumergido en un mar de espesas aguas, significadas por las ondas largas que forman; pero su otro medio cuerpo es alado y ligero.

La leyenda que está al costado y que la fotografía muestra con bastante nitidez, dice: Velocitatem sedendo, tarditatem tempora surgendo. La velocidad (se encuentra) sentándose, y la tardanza, en cuanto al tiempo atañe, levantándose, (precipitándose).

Tanto la idea que expresa la sentencia, como el simbolismo gráfico, están bastante claros. Es como un consejo que se da a la gente joven e inexperta que penetra en las aulas: ¡Ah, no os precipiteis si quereis llegar a tiempo, no tengais prisa para resolver los asuntos graves que traigais entre manos! El esfuerzo unido de estos dos ángeles se requiere para sostener tan pesada esfera; pero mirad cómo aunque tienen alas no vuelan, cómo aunque su

medio cuerpo se hunde en la espesura de esas aguas que le aprisionan, lo más digno de su figura se mantiene a flote.

Y por si aún no estuviera bien claramente expresada esta idea del justo tiempo que ha de darse a cada cosa, de la apresurada lentitud que hemos de emplear en los negocios graves, vuelve a insistir en el segundo compartimento de este enigma representándonos en una figura de mujer sentada, a la virtud, con alas en la diestra y en la mano izquierda una tortuga. La leyenda del costado correspondiente, dice así: Medium tenuere beati: los dichosos están en el medio.

Virtud excelsa es la representada por esta figura femenina que lleva alas en una mano y la tortuga a igual distancia en la otra. Medio tutissimus ibis, parece repetirnos con el poeta de las elegías y de los amores; por la vía del medio es por donde mejor marcharás, por el camino recto que no admite que te inclines ni a uno ni a otro lado.

Lleva alas en la mano, pero ella se nos presenta aptera como la Victoria de la Acrópolis ateniense, tal vez para indicarnos como ésta, que nunca debe escapar de entre nosotros, que no es virtud de ángeles y serafines ardorosos, sino para peregrinar entre los hombres. El justo medio, el ne quid nimis. Esta es la sabia máxima que desde siglos se viene repitiendo a los mortales acuciados por ansias e impaciencias mal refrenadas.

Es la misma idea de la velocidad y la tardanza, representada en la primera parte de éstas como aliteraciones bíblicas que encierran casi todos los enigmas; pues es de notar que en general, después de haber expuesto el pensamiento, se hace una como amplificación o comento de él en la parte segunda.

Velocitatem sedendo; o sea lo que nuestro viejo refrán dice: Vísteme despacio que estoy de prisa; el Eile mit Weile, que tanto recomiendan los alemanes. Adagio universal pudiéramos decir, pues tiene su expresión adecuada en todas las lenguas cultas.

Las sentencias que acompañan en cada cuadro a las figuras simbólicas tienen, al menos, ciertas reminiscencias clásicas: cuando no son versos o párrafos enteros de autores latinos ligeramente alterados.

El culto bibliotecario, que lo fué en la Biblioteca universitaria salmantina, Sr. Huarte Echenique, en su «Guía de Salaman-

ca», indica el origen de dos de ellas en Salustio y Persio. Otras hemos podido nosotros comprobar que son versos de Virgilio y Horacio.

De estas dos leyendas del primer enigma, a pesar de nuestros esfuerzos y de haber consultado el caso con versados latinistas, no hemos podido averiguar nada en concreto. No sería de extrañar, por razones que más adelante sabrá el lector, que se hubieran cocido en el horno del inventor de estos enigmas, quien tendría al componerlas algún leve recuerdo del «Romanus sedendo vincit» que dice Varron, [1] y del tan repetido adagio de Ovidio «In medio stat virtus». [2]

---

(1) Varron-De re rustica. II.
(2) Ovidio-Metamf. II-137.

QUIS EVADET?

He aquí el segundo de los enigmas, el más sugestivo, el más tentador sin duda. Por eso tal vez ha sido el único que ha tenido intérpretes y comentaristas.

Don Modesto Falcón, en su «Salamanca artística y monumental», pág. 216, se ocupó ya de este asunto dándole un sentido amoroso, que es realmente el que a primera vista parece desprenderse de la simple y ligera inspección de los personajes y sus actitudes.

Un amorcillo alado que dispara su flecha y una leyenda que pregunta quién se escapa; ¿no parece evidente que han de referirse al manoseado tema del amor y su influjo irresistible?

También el profesor de la Facultad de Letras Sr. García Boiza escribió sobre la interpretación de este enigma en un artículo que apareció ya hace años en «La Esfera». No hemos podido releerlo al hacer este trabajo, pero recordamos que esta que él llamó la leyenda del amor en la Universidad de Salamanca, tiene en su artículo la misma significación amorosa de que hemos hablado.

Examinemos con detenimiento la escena antes de emitir un juicio que pudiera pecar fácilmente de ligero.

La figura central, la más importante sin duda, la que se mueve y obra en esta primera parte del emblema, es ese amorcillo que dispara su arco. Los otros son personajes contemplativos que están esperando el resultado de la acción de este pétreo Cupido.

Pero ¿contra quién dispara su flecha certera? ¿Hay aquí algún mortal huraño que huya de sus dulces heridas? El arco apunta a lo alto; no se dirige a los humanos.

¿Quién es, pues, el que responde a ese «Quis evadet» que reza la leyenda?

¿Quién? El mismo amor.

Ved ese manto del cielo tan ingenuamente representado en el ángulo izquierdo superior del compartimento; sus estrellas parecen pegadas con la misma sencilla inocencia que las poníamos de pequeños, recortadas en papel dorado, sobre el portalillo de Belén. El niño arquero ha disparado ya; su flecha atravesó voladora las regiones etéreas, y miradla, véala el lector con la misma curiosidad e impaciencia que los personajes que componen esta escena, como se ha clavado en el punto del manto celeste donde, por la geométrica distribución, debiera corresponder una estrella.

Esa estrella es la del amor, el sino irrevocable escrito en el firmamento. Quis evadet? ¿Quién se escapará a él?

Astra inclinant, non necessitant, se decía en el siglo XVI por librarse del conflicto entre la fe firmemente arraigada en la conciencia y la superchería tan extendida del horóscopo; pero tal vez no era más que una frase formulística que nacía en los labios de los que la pronunciaban y no llegaba más allá de los oídos del que la percibía. Las mentes y los corazones eran fatalistas, creían y temían el influjo funesto de las estrellas.

Y este espíritu vacilante de la época se ve, por ejemplo, en los siguientes párrafos de Sebastian de Cobarrubias en sus Emblemas Morales. [1] La astrología judiciaria, afirma que está permitida en cuanto por ella se gobierna el labrador, el médico, el marinero... «pero en arrojándose a juzgar de lo que depende del libre alvedrío y de la voluntad de Dios, es gran temeridad y crimen condenado por los sacros cánones y sanctos concilios».

Pero a pesar de este juicioso razonamiento añade a continuación explicando el emblema: «La figura de este emblema nos presenta a Asdetario astrólogo, el qual preguntado por Domiciano si avia alçado figura de su propia muerte, dixo que si y que hallava avía de ser comido de perros; mandole al punto ma-

(1) Centuria 1.ª, Emblema 49.

tar, y que sacándole al campo le quemasen hasta hacerle ceniza: sobrevino en este medio tan grande agua que los ministros se uvieron de retirar hasta que escampase, y en tanto aviendose apagado el fuego tuvieron lugar los perros de acudir y comerse el cuerpo medio asado, en cumplimiento del pronóstico.»

Los reyes tenían astrólogos con gran veneración en la corte; no era cosa extraña que se levantara el horóscopo del príncipe que acababa de nacer para saber sus destinos, y nadie, alto o bajo, sabio o ignorante, que contara con medios para ello, dejaba de consultar su porvenir a las estrellas.

Lista larga y de nombres famosos, es la de los astrólogos en toda Europa durante la época del Renacimiento y la de obras notables que sobre esta materia se escribieron. El mismo Tycho-Brahe sacó el horóscopo del emperador de Alemania Rodolfo II, y Keplero, consultando a los astros, anunció a Walenstein en 1609, que estaba llamado a las más grandes empresas: aquel guerrero novelesco de quien Schiller decía con tanta verdad que en su corazón estaba la estrella de su suerte. [1]

En la Universidad de Salamanca había un general de astrología, como dice Pedro de Medina en su «Libro de las grandezas memorables de España», cátedra en la que probablemente se mezclarían los verdaderos conocimientos astronómicos con las brujerías de los estrelleros, como en frase de gran sabor popular se llamaba también a los astrólogos.

Desde sus comienzos hasta bien mediado el siglo XVII, no se encuentra oposición firme y decidida contra la predicción astrológica, si se exceptúan las prontamente olvidadas diatribas del genial Luis Vives, cuyo talento supo sobreponerse a las preocupaciones generales de su época.

Quis evadet? podemos preguntar nosotros también al meditar sobre la extensión y arraigo que la astrología alcanzó en tales siglos. ¿Quién había de escaparse a aquellas creencias tan generalizadas? La Universidad era aun más pueblo que lo es hoy y participaba de casi todas las preocupaciones de éste.

Pero volvamos a nuestro enigma. El amor ha disparado contra las estrellas porque pretende romper la de su sino funesto; ¿lo conseguirá? La curiosidad, la espectación por saberlo está

(1) Schiller. Die Piccolomini II, 6. «In deiner Brust sind deines Schicksals Sterne.»

expresada en los semblantes y actitudes de los personajes que le rodean.

Estos de la izquierda, con sus trajes talares, mantos de esclavina, sombrero alado o gorro ceñido, es tal vez el grupo de astrólogos, eclesiásticos y rabinos, que han levantado el horóscopo fatal; los de la derecha son el pueblo, sobrecogido, anheloso, que presencia la prueba incrédulo a pesar de sus deseos de ser creyente. ¿Romperá el amor su mala estrella? ¿Se escapará al influjo funesto del cielo?

Tal vez entre este pueblo reunido está también la pareja enamorada en cuya representación el amorcillo dispara contra las estrellas. La bienhechora influencia de Venus favorece a la amada, mas ¡ay! que el aspecto del cielo es de oposición entre este planeta y el voluble Mercurio. ¡Y en cuanto a él, qué de desdichas no le anuncia su horóscopo! Nació bajo el signo de Piscis funesto para los amantes, en la duodécima casa del cielo, casa de las discordias, de las tristezas y muertes repentinas.

¡Muy pocos signos favorables a su felicidad; muchos contrarios! Pero el amor todo lo puede, lo vence todo, como se ha repetido en mil formas por los poetas. ¿Por qué no han de poder ellos romper con su amor la mala estrella que amenazara su dicha?

Nemo vel duo. Nadie ha de conseguir tal empresa sino la logran estos dos amantes que con tan poderosas armas cuentan. Así parece ser la conclusión de esta gente sencilla, que se interesa, como siempre se ha interesado el pueblo, por la suerte de los enamorados. Y ante el rey, porque ellos no se atreven a decidir en firme, a pesar de que han visto la flecha llegar al cielo y herir al astro maléfico, mandan al amorcillo. El rey es sabio, es prudente, es gran astrólogo y él puede resolver tan ardua cuestión.

Véase en el segundo compartimento de este enigma al niño flechero pisando las gradas del trono. Le introduce un heraldo, tal vez un guerrero, que de orden del rey estuvo presenciando cómo asaeteaba al cielo el amor; el semblante ceñudo y hasta el casco con que se toca, semejan, en efecto, al de uno de los personajes de la escena anterior. [1]

---

(1) De las cinco cabezas que se ven agrupadas en el compartimento 1.°, la de la derecha de las dos del centro.

Nemo vel duo. Nadie o a lo sumo los dos enamorados a quienes representa este Cupido son capaces de desviar el funesto destino, lo que en el cielo está escrito. Decide tú, rey prudente, parece decirle este hosco personaje que friamente le mira, decide si lo han logrado.

Y el rey no hace esperar su respuesta. Con la mano derecha sostiene una cartela en la que terminantemente la da: Nemo. Nadie, nadie puede oponerse al influjo de los astros; lo que estos anuncian, infaliblemente se cumple.

¿Pero quién es este rey a quien se consulta sobre asunto tan ajeno al arte de gobernar? Ya en las mientes del lector está que se trata de nuestro rey astrólogo, de aquel Alfonso, el décimo de quien escribía el P. Mariana. *Dumque cœlum considerat, observatque astra terram amisit.*

Y no se crea que es esta una afirmación hecha tan a humo de pajas y sin fundamento: fíjese el lector en el carácter marcadamente distinto de los demás enigmas que tiene este segundo. Los trajes, el modo de tratar las figuras y el paisaje, pertenecen a un asunto medieval más que a un relieve renacentista. El rey se sienta en un trono en el que hay reminiscencias románicas con algún adorno ligeramente gótico en el respaldo.

Tenemos a la vista una reproducción exacta del retrato de Sancho IV, el hijo del Rey Sabio, en el Códice de los «Castigos e documentos...» escrito en 1330 y que se conserva en la Biblioteca Nacional. El Rey es barbado al modo del que se representa en este enigma; las coronas de ambos se asemejan grandemente, y hasta el modo de sostener D. Sancho la espada y el rey esculpido en estas piedras el cetro o espada, que esto no está suficientemente claro, es idéntico; el ropaje en ambos es también de sencillez extrema.

¡Cuánto difieren nuestro rey y este D. Sancho de los «Castigos e documentos.,.» de aquel D. Juan II, por ejemplo, pintado en el retablo de la Cartuja de Miraflores de Burgos! El padre de la Reina católica lleva amplia y ornada vestimenta; está pulcramente rasurado y su corona es una corona gótica recargada, propia de la época. El contraste es evidente: este rey grabado en la dorada piedra del enigma salmantino es más coetáneo de D. Sancho que de D. Juan.

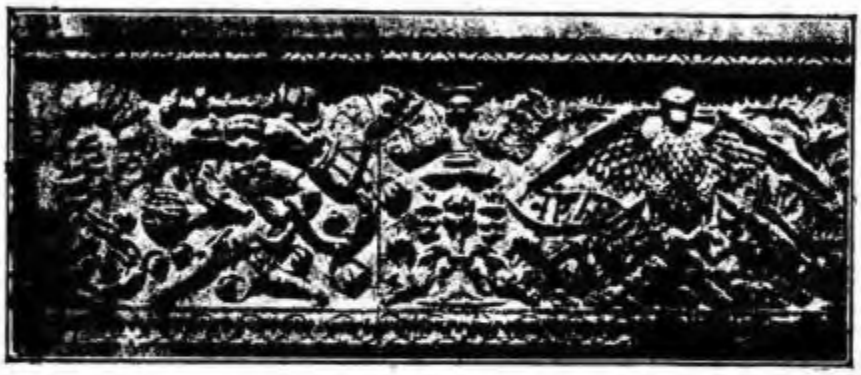
Pero fijémonos en que todos estos enigmas pertenecen no ya a un gótico incipiente, que es lo que parece dar a entender el que ahora examinamos, sino a un estilo plenamente plateresco, como lo manifiesta la parte interior de ellos, esculpida en la otra cara de la misma piedra y aun algunos detalles ornamentales de estos mismos enigmas; consideremos que ese rey de veste sencilla, tal vez un poco rabínica, de barba lacia y descuidada, con esa corona y sentado sobre ese trono; que todos esos personajes que entran en la composición, se esculpen o en la época del flamenco Carlos V, o en la del grave Felipe II, cuando disuenan ya la melena y la luenga barba, de otros tiempos; que ese guerrero es contemporáneo de los capitanes de nuestros tercios, y entonces no podremos menos de pensar que este enigma tiene un anacronismo intencionado por el que se ha tratado de representar una época bastante anterior a la del escultor.

¿Y con qué otro intento se ha podido buscar este anacronismo de estilo más que para concertarlo con la época a que el asunto se refiere? Tratándose del saber de las estrellas, ¿quién ha sido siempre, hasta tiempos bastante modernos, el representante por antonomasia de esta ciencia, sino el Rey Sabio?

Por tales consideraciones nos ha parecido muy probable que el Rey astrólogo que en este enigma se representa es Don Alfonso X, el autor del Saber de Astrología, de las Tablas Alfonsinas e iniciador, estimulador y Mecenas de obras y traducciones astrológicas, como el *Libro complido de los juicios de las estrellas* de Alí-Aben-Ragel, y aquel otro de las *Formas e imágenes de los cielos.*

Y dos palabras solamente en cuanto al origen de la leyenda de este enigma. El Sr. Huarte Echenique en su «Guía de Salamanca» indica que estas frases están tomadas de la primera sátira de Persio. Es muy probable que el autor tuviera algún recuerdo de esos versos del poeta latino al componer su inscripción, pero aquí la alteración ha sido tan grande que hasta se puede pensar en una mera coincidencia.

Véase lo que Persio escribió: Quis leget hæc? min tu istud ais? Nemo hærcule, nemo? Vel duo, vel nemo...



UNA GIGANTOMAQUIA CRISTIANA

Las leyendas del enigma tercero están bastante deterioradas, sobre todo la que aparece encima del ave que quiere representar la lechuza de Minerva.

En el lado izquierdo—y cuente el lector que al hablar de derecha a izquierda nos referimos siempre no a las de la figura, sino a las de quien las mira—, se ve al Cancerbero, monstruo de tres cabezas que junto a las riberas de la Estigia guarda las puertas del infierno.

Parece esculpido bajo la impresión de los tercetos dantescos, en los que se lee que

> Cerbero, fiera crudele e diversa,
> Con tre gole caninamente latra
> Sopra la gente che quivi e sommersa.
> Gli occhi ha vermigli, la barba unta ed atra,
> E il ventre largo, e unghiate le mani;
> Graffia gli spirti, li scuoia ed isquatra (1).

Ahí está con su triple testa canina, su barba espesa y enmarañada y envolviéndole una serpiente, que enroscada primero en el brazo derecho, después de pasar por la espalda del monstruo se dirige a morderle en el flácido vientre, en el que también parece hincarse la punta de su cola.

> Quando ci scorse Cervero, il gran vermo,
> le bocche aperse, mostrocci le sanne:
> Non avea membro que tenesse fermo.

(1) Dante. Inf. VI-13.

No es el cerbero que nos describe Virgilio,[1] al que Eneas adormece para que le deje paso libre a las mansiones infernales, sino la imagen horrible del pecado de la gula que el Vate Florentino nos pinta en pleno tormento; es el castigo que se da a los mortales que, con desprecio de toda la parte más notable de su ser, han pasado la vida entregados exclusivamente a su vientre: «dediti ventri atque somno, indocti incultique, vitam sicuti peregrinantes transegere», según frase de Salustio.[2] La forma totalmente animal del cancerbero mitológico ha desaparecido, y este que aquí se esculpe no es otro que el monstruo dantesco «in cui l'umano e vinto dal bestiale», como dice el comentarista Federzoni.

Laceravit et c-aceret et arridebit[3] se ve en la leyenda que envuelve al guardián del Averno.

No hemos podido encontrar la fuente de donde está tomada esta frase. Más que de un autor profano, parece sentencia arrancada de la Biblia o de alguno de los Santos Padres: desgarrará, herirá y se reirá de los que no tuvieron más Dios que sus bajos apetitos y se rebelaron contra toda ley que les impidiese saciarlos plenamente.

En la diestra tiene el monstruo una esfera armilar, de la que no hemos hablado. ¿Qué significa?

Tal vez está puesta para denotar que a sus dominios descienden todas las criaturas: las angélicas que se rebelaron contra Dios, y las terrestres que después del pecado persisten en su maldad y no hacen penitencia, o quizás no es más que un símbolo para indicarnos que los gigantes, los hijos del cielo y de la Tierra que se rebelaron contra Júpiter, están también bajo la guarda del cancerbero; pero esto se enlaza ya con la segunda parte de este enigma, de la que vamos a tratar.

Véase en ella a esos dos guerreros cuyos cuerpos están formados de serpientes, cómo dirigen sus dardos contra la lechuza victoriosa y explayada a modo de águila, que con sus garras los aplasta contra el polvo de la tierra. Son los gigantes Tipheo y Briareo, según rezan las cartelas que sobre su cabeza ondean;

(1) Virgilio. Eneida VI, 417.
(2) Salustio. Catilina II.
(3) Lacerabit et quateret et arridebit, es como creemos se debe leer.

dos de los fuertísimos guerreros que se distinguieron en la rebelión contra los dioses, cuando los gigantes poniendo la Osa sobre el Olimpo y el monte Pelión, quisieron escalar el cielo para destronar a Júpiter.

«Puso esta guerra en mucho aprieto a los dioses, dice el maestro Diego López en su declaración de los emblemas de Andrés Alciato, [1] a los cuales dixo Palas que traxessen en su ayuda al invicto Hércules, con la venida del qual los gigantes perdieron fuerzas, y Júpiter tomando el castigo debido a tan gran maldad, los arrojó en el infierno.»

En Sicilia, la Trinacria helénica, donde vomita su lava el Etna, hundiose Tifeo, el hijo monstruoso de Gea y el Tártaro, con otros rebeldes, en las mansiones infernales, y Júpiter reina desde entonces pacíficamente sobre los mortales por su claro giganteo triunfo, como dice la Oda Horaciana. [2]

Se rebelaron contra la divinidad las fuerzas todas de la naturaleza, que tal representan ambos gigantes, el centímano Briareo, el fuerte, que así quiere decir su nombre griego, y Tifeo, el que agita tempestuosamente las ondas del mar, la materia grosera contra toda espiritualidad e inteligencia; pero ¿cómo, por acerados que sean, van sus dardos a poder herir a lo que no es más que luz y vida inteligente? Sed quid, como dice Horacio.

Contra sonantem Palladis ægida
Possent ruentes? [3]

«Por los gigantes es significada, dice el maestro Diego López poco más adelante del lugar citado, una gente cruel y que niega a los dioses, y por esto dice Alciato en fin del emblema, que esta figura muestra al que carece de religión.»

Tal vez concordando con la significación religiosa que encierra el monstruo dantesco de la parte primera de este enigma, se ha querido concretar más el sentido de esta lucha entre lo material y lo divino y se pretende representar la victoria de la teología, que se cultivaba con predilección en esta Universidad, contra todas las rebeliones heréticas.

---

(1) V. Emblema V.
(2) Horacio. Od. III-1-7.
(3) Horacio. Od. III-4-52

La leyenda que campea sobre la cabeza del ave de Palas Atenea, aunque muy deteriorada hemos podido reconstruirla:

Nihil invita et facies dicesve Minerva.

Es el mismo reto lleno de triunfo que el Cancerbero proclamaba en la parte primera del enigma: Nada conseguirás contra la voluntad divina; pero si a pesar de tu impotencia te rebelas, te desgarrarán, te herirán y se mofarán de ti los atormentadores infernales.

Ambas inscripciones van en cintas que flamean en torno de las figuras parlantes. En ésta el verso de Horacio [1] ha sido modificado, según costumbre del autor de estos enigmas, como hemos de continuar viendo más adelante.

¡Ni harás ni dirás nada oponiéndose Minerva! Aunque el verso es profano puede muy bien servir de lema al simbolismo no sólo espiritualista, sino concretamente religioso y católico que probablemente encierra este emblema. Y aún no es raro tomar la misma lechuza o mochuelo de Minerva como símbolo religioso: Clemenceau se sirvió como sello junto a su firma en el tratado de Versalles de una moneda que acuñaron los legitimistas franceses insurgentes de la Vendee y Bretaña, y en la que con las tres flores de lis, símbolo de los Borbones, se veía el ave de Palas y la leyenda «Viva la religión y Viva el Rey».

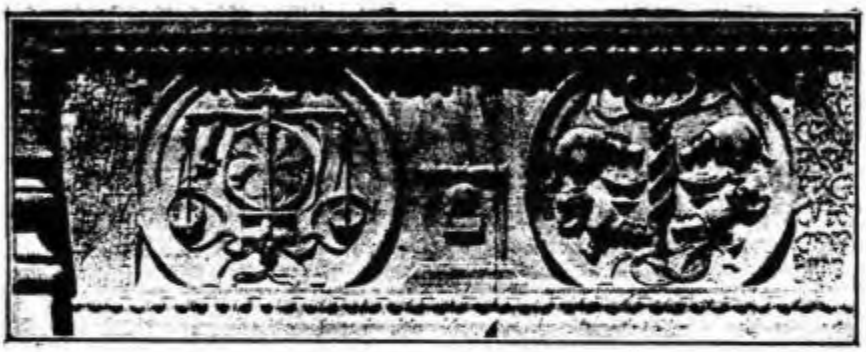
No queremos pasar adelante sin llamar antes la atención del lector sobre el modo como están hechas estas inscripciones. En primer lugar han grabado profundamente los caracteres en los sillares, y probablemente antes de colocar éstos en su sitio y teniéndolos en posición horizontal rellenaron los surcos de las letras con plomo fundido. Luego no hubo más que cepillarlos y alisarlos para que quedasen al mismo nivel de la piedra.

Recien terminada la obra debía presentar un aspecto muy agradable y una entonación sugestiva por el contraste entre el blanco ya algo rosáceo de la piedra y el negro brillante del metal; pero lo que quizás se juzgó eterno y con tal propósito se hizo, debió de verse bien pronto que, efecto de la distinta dilatación que por el calor sufren la piedra y el metal, se destruía muy rápidamente.

---

(1) Horac. Art. Poet. 385. «Tu nihil invita dices faciesve Minerva».

A esta acción destructora del tiempo sobre material tan poco apto, o mejor dicho en tan malas condiciones dispuesto, es a lo que se debe, más que a injurias de los hombres, el mal estado de conservación de estos enigmas del patio universitario salmantino. Y buena prueba de lo que decimos, el presente emblema y el séptimo, de que nos ocuparemos más adelante, las leyendas de los cuales son las que están más deterioradas porque se grabaron sobre franjas o cintas resaltadas del fondo, que ofrecen menos resistencia a las dilataciones del metal que la superficie del sillar con toda su extensión.



CONCORDIA PARVÆ RES CRESCUNT.

Pasemos por alto el 4.º de los enigmas, esa inscripción central que D. Juan González de Dios consideraba *indignam exscriptione,* pues aunque nosotros no seamos de la misma opinión del señor Bachiller, el lector, sin duda, nos ha de agradecer que dejemos esta leyenda para lo último, ya que la interpretación de las demás tal vez nos de alguna pauta para penetrar el oscuro sentido de ella.

Y fijándonos en el 5.º de los emblemas, este que presenta dos medallones divididos por una como pirámide, algo rara por cierto, pero que no creemos tenga otra significación que la de separar las dos partes del grabado, empecemos por hacer el estudio de la segunda, que si, como en todos los enigmas que hemos visto, es no más que un comento o variante de la parte primera, ésta, que se presenta algo confusa, se nos aclarará en cuanto lleguemos a comprender el simbolismo de las figuras y la significación del texto que acompaña al segundo de los medallones.

Su inscripción no puede ser más fácil de interpretar. Dice: Pace ac concordia parve res crescunt, discordia dilabuntur. Sentencia de Salustio muy traída y llevada y por ende muy conocida, que el autor de estos enigmas, sin olvidar su inveterada costumbre, modifica añadiendo o cortando donde le parece.

El historiador latino dice textualmente: «concordia parvæ res crescunt, discordia maximæ dilabuntur». [1] Como se ve, las

(1) Salustio: Ingurtha-10, 6.

variantes que ha introducido el grabador, a parte de la forma ortográfica de parve, nada rara en inscripciones como la presente, son añadir a la frase la idea de la paz y suprimir la palabra maximæ, que se lee en el texto salustino.

La añadidura nos parece que está hecha con propósito bien deliberado; pero la supresión creemos que es sencillamente un error del grabador, debido probablemente a una confusión de textos, fácil de explicar ya que la parte primera termina con las mismas palabras que esta segunda del enigma.

Restituída, pues, la leyenda a la forma que muy probablemente le dio el autor, dirá: Pace ac concordia parvæ res crescunt, discordia maximæ dilabuntur. En paz y concordia, las cosas pequeñas crecen y con la discordia aun las mas grandes se descomponen (se destruyen).

¿Y qué correspondencia existe entre esta máxima y las figuras que vemos en el medallón?

Dice la fábula que caminando Mercurio por Arcadia encontró dos culebras o serpientes pequeñas que se acometían fieramente; arrojó el Dios su vara entre ellas e inmediatamente cesaron en la contienda, entrelazándose una con otra y con el instrumento pacificador. Esta es la forma del caduceo del dios del comercio, al que aquí se le ha quitado el símbolo de las alas o del sombrero con alas, en que suele frecuentemente rematar, sin duda para darnos a entender que no se restringe la significación del emblema a la paz y concordia que han de reinar para que las industrias prosperen, sino que se extiende a la más alta paz y concordia que provienen de la justicia y buen gobierno de los pueblos y traen libertad equilibrada, reposo y felicidad al espíritu, y la dicha y prosperidad de todos los que gustosamente se someten a la ley común.

Las cosas pequeñas crecen cuando hay paz y concordia, como han crecido ambos reptiles al trepar unidos por el caduceo. Y para representar aún con más fuerza la concordia que entre ellos reina, el escultor ha prolongado sus colas en forma de cintas que se enlazan y anudan, y en el otro extremo del bastón aún volvió a hacer nuevo nudo que signifique la unión y amistad que se ha establecido entre ambos animales.

En cambio ved lo que ocurre a las cosas más grandes, como

son los dos elefantes que representa el grabado cuando en ellos logra introducirse la discordia: *dilabuntur*, se descomponen y destruyen y cada parte va por su lado, sin que tengan ya valor ni eficacia una vez separadas.

Las dos figuras inferiores son los medios cuerpos delanteros de los elefantes, animal el más apropiado para representar la grándeza, y las otras dos figuras que están encima son las partes posteriores de los mismos animales.

Se perdió la armonía y amistad entre ellos, la discordia se introdujo en sus cuerpos en forma de alacrán, vertió su ponzoña, y a pesar de su grandeza, *dilabuntur*, ha saltado cada parte de sus cuerpos para lado distinto.

Para lado distinto sí, pues así parece querer significar la posición de las mitades de ambos animales, dispuestas en forma tal que no une la parte inferior con la que va encima de ella, sino con la del otro lado del caduceo; que de otro modo habría que alterar la dirección que en el grabado se dá a las mitades de cada animal.

Para figurar más expresivamente que es un animal ponzoñoso el que se ha introducido en los cuerpos de los animales, se ponen estas copas llenas del veneno que los alacranes van destilando al asomar sus colas por las mitades ventrudas e hinchadas de los elefantes. La fuerza mortífera del veneno es lo que sugirió al ingenuo escultor la idea de representarlo como un líquido hirviente, que tal parece querer decirnos la falta de reposo de su superficie.

Que el suprimir la palabra maximæ fué un lapsus del grabador, nos parece cosa casi evidente después de la explicación que acabamos de dar a esta parte del enigma. El texto original emplea este término y su símbolo, el de la magnitud de una cosa, está bien claramente expresado en las figuras de los elefantes.

* * *

Y al estudiar ahora la parte primera de este compartimento nos daremos cuenta también de por qué el autor de estos enigmas quiso de propósito añadir al texto de Salustio, que acabamos de estudiar, la idea de paz que amplía más la de la concordia que ha de existir entre las cosas pequeñas para que pros-

peren, y aun entre las grandes para que no se destruyan, y le da un sentido más general y más de acuerdo con lo que se predica en esta parte primera del enigma sobre la armonía y equilibrio que ha de haber entre las principales virtudes, mantenedoras del prestigio y poder de los reinos, para que estos no se derrumben. Que por muy grandes que sean, por muy en alto que estén, como la corona que en la parte superior del emblema se nos muestra apoyada en los brazos de la balanza de la justicia, como ella vendrán abajo en cuanto se pierda el debido equilibrio, en cuanto la incorruptible Astrea arranque la venda de sus ojos, y movida por amistades u odios deje que el fiel se incline a uno u otro lado.

Pero procedamos con método y estudiemos primero la leyenda que acompaña a este medallón. Dice:

IUSTICIA F. L. CIÆ
AMCITIA GLADIO EVAGINATA
ET INVDA PONDERATA LIBERALITAS
REGNÚ MASIME DILABVT.[8]

cuya transcripción, restituída a la forma ortográfica corriente, pudiera ser esta:

IUSTITIA FELICITATE,
AMICITIA GLADIO EVAGINATA,
ET INVALIDA PONDERATA LIBERALITAS
REGNORUM MAXIME DILABUNTUR

De la forma INVDA, no encontramos más palabra que la interprete que la de *invalida*, y respecto a la grafia REGNÚ, le damos la significación de regnorum, por que no es una *u* el signo sobre el que está la tilde de abreviación, sino una *o* abierta en su parte superior, pues no quedaba ya al grabador espacio para cerrarla y poner aun encima otro signo.

La interpretación que a la leyenda así transcrita pudiera darse es la siguiente: La justicia en tiempos de felicidad, la amistad con la espada desenvainada y la insana o incapazmente moderada liberalidad de los reinos grandemente, (frecuentemente) se destruyen.

La concordancia gladio evaginata, bien se la podríamos achacar al grabador que varias veces en estos enigmas da pruebas de tan poca escrupulosidad en la copia, como el redactor de las

leyendas cuando espiga en el campo de los clásicos latinos. De ambas cosas hemos visto y continuaremos viendo pruebas bien fehacientes.

La traducción de invalida, adjetivo indudablemente, como forma adverbial, aunque no sea literaria, nos parece admisible, dadas las incorrecciones de estos textos.

El pensamiento a pesar de todo queda vago y confuso.

La justicia desaparece en tiempo de felicidad, es decir, que mientras al hombre sonríe la vida con todas sus gracias, mientras se siente dichoso, se torna injusto, porque la felicidad es vaso que nunca queremos separar de nuestros labios, dulce licor que nos embriaga y que como el néctar de los inmortales hace que nos sintamos también divinos, y entonces todo queremos sacrificarlo a nuestro egoísmo, y no hay más ley ni medida que nuestro capricho, que la voluntad del más poderoso.

Y en cuanto a la amistad, cuando ella no es muy sincera, cuando no está anhelosa de cariños y sacrificios mutuos, cuando no se encierra en aquella fórmula sabia, «el egoísmo de dos» con que la definió el filósofo, pronto desaparecerá también. Si el amigo que junta su pecho con el del amigo, con el del hermano quizás, lleva la espada del odio y de la envidia desenvainada, la discordia nacerá pronto y la sangre de nuevos Abeles manchará vergonzosa y contumazmente la tierra.

Y esa enfermiza liberalidad o prodigalidad de los reinos, que se hace no por impulso noble del corazón que se conmueve al ver la necesidad y calamidades públicas, o la miseria del prójimo; esa liberalidad y despilfarro que lleva como único fin el colmar de falsos halagos al amigo de quien necesitamos el favor, o al válido en el que se descargan los graves negocios del gobierno, tampoco puede ser duradera. Como la falsa justicia que sólo en tiempo de felicidad prospera, como la amistad desconfiada que está siempre alerta con la espada desenvainada, desaparecerán algún día, y los reinos que en tan endebles pilares se apoyan *dilabuntur*, se derrumbarán pronto grandemente *(maxime)*.

¿Puede ser esta la interpretación del emblema? No nos atrevemos a afirmarlo resueltamente; la entregamos a la crítica con deseos de excitar la curiosidad de los doctos y ver si nos ofrecen otros mejor solución.

La palabra *maxime* puede muy bien desaparecer sin que padezca el sentido de la frase y aun mejorándolo, a nuestro juicio. Lo cual nos confirma más en la creencia de que hubo un trastrueque de vocablos debido a confusión del grabador que encontró un final igual en ambas sentencias.

Y nótese cómo en el fondo no difiere la presente de la que ya vimos en la parte primera del emblema. Si en aquella se recomendaba que imperasen la paz y la concordia y se huya de toda discordia y enemistad, en la que ahora acabamos de examinar se nos recomienda la justicia en todo tiempo, la amistad sincera, sin recelos ni perfidias, la liberalidad bien ordenada y que sabe recompensar equitativamente, virtudes todas que hacen que los pueblos, como los individuos, vivan felices y prosperen hasta las cosas pequeñas, mientras que si dominan los vicios que a estas virtudes se oponen, aun las más grandes acabarán por derrumbarse.

En cuanto al origen que pudiera tener la sentencia que acabamos de estudiar, nos parece que nació en la propia minerva del autor de los enigmas, tal vez cantero metido a erudito, que se sintió nuevo Salustio y quiso imitarle, aunque con poca fortuna, en su concisión clásica y hasta en el giro y entonación de la frase.

Los símbolos que a esta inscripción acompañan no son tan difíciles de interpretar:

Vemos una balanza con la espada desnuda en el centro y que se mantiene en perfecto equilibrio; sus platillos van unidos por una cinta que los entrelaza para que se note aún mejor la armonía, la igualdad de nivel que hay entre ellos: ni el uno sube un ápice más que el otro, ni éste desciende por bajo de donde aquél se mantiene. Es el atributo de la Justicia empleado ya como tal en todas las antiguas civilizaciones.

«La bilancia, dice Giovanni Cairo [1], comunemente usata nei sintammi iconologici e quella costituita dal fulcro verticale e dalle braccia bilicate, da cui pendono le due coppe di confronto.» Palabras que describen con toda exactitud la balanza esculpida en este emblema.

La rueda que ocupa el centro y fondo del medallón parece

(1) Dizionario ragionato dei simboli. | Hœpli, Milan.

puesta para indicarnos el rodar continuo del tiempo, durante el cual, lo mismo en bonanza y felicidad que cuando es desapacible y adverso, la justicia debe mantenerse en equilibrio y ser igual para todos.

El movimiento de esta rueda del tiempo está figurado por esas aspas lanceoladas cuyos extremos se retrotraen por la velocidad con que gira hacia la derecha.

Y la corona, presidiendo sobre la balanza, parece querer decirnos que es como la reguladora y la inspectora suprema de esa horizontalidad perfecta, de esa justicia, *equitas*, palabra tomada de *equor*, el mar, llanura inmensa, sin altos ni bajos, que iguala con su nivel todas las riberas.

Porque si esa perfecta horizontalidad se perdiera, sería para inclinarse el símbolo de la justicia, movido por el favoritismo o por el miedo, bien al lado de la amistad, de la fidelidad y del cariño, representado por el perro o hacia el opuesto de la enemistad y de la envidia, que representa el animal que vemos a la derecha.

¿Qué animal es este que decimos símbolo de enemistad y envidia?

Por su forma, por la oposición que entre él y el perro parece buscarse en el grabado, no puede ser otro que la anguila. «Pesce serpentiforme, dice Giovanni Cairo, [1] che vive nelle acque dolci, dove non conosce amori. Nemico degli altri pesci, sfugge il loro consorzio. Gli iconologi lo suggeriscono come simbolo d'inimicicia. Gli antichi greci lo consideravano simbolo d'invidia.»

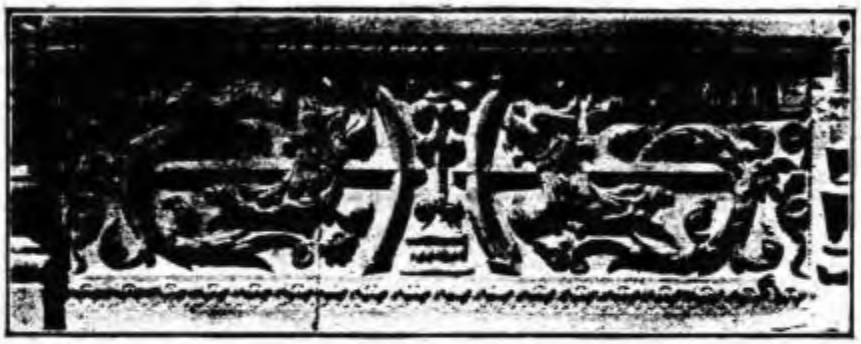
Y el maestro Diego López, en la declaración del emblema 21 de Alciato, escribe: «También cuadra este emblema contra los que no guardan fe, ni palabra, ni lealtad, y contra los que se escapan de la presencia de los hombres, delante de los quales avian de dezir verdad. Contra los quales se decia este adagio: Cauda tenes anguillam, tienes el anguila por la cola, significando los hombres desleales o que tienen alguna cosa por la qual deven huir...»

Animal como vemos es la anguila que representa las cualidades opuestas del perro, según los iconólogos; sin amor, desleal, envidioso, que se nos escurre de entre las manos sino sabemos

(1) Op. cit.

retenerla con astucia, *folio ficulno,* como dice también el emblema de Alciato, «con la hoja de la higuera que es áspera, y nace entre la del almendro y la del moral», o sea entre la más temprana y la más tardía de las hojas.

Esa corona que representa al reino, se mantendrá firme en lo alto mientras los brazos de la balanza en que se apoya no caigan ni del lado de la amistad, ni del de la enemistad; mientras en todo tiempo, próspero o adverso, se practique la justicia, como aconseja la inscripción correspondiente a este emblema.



FESTINA LENTE

Nos place al llegar a este 6.º enigma poder salir por los fueros del buen bachiller de pupilos, D. Juan González de Dios, que no juzgó indignas de ser transcritas las leyendas de este compartimento.

«Unam in lævo latere escribe, græcis characteribus exaratam exhibere placuit. Αει σπευδε Βραδεως. latine: Semper festina lente.»

Aún hoy se pueden leer con poca dificultad las inscripciones de este enigma. Haremos su transcripción con las mismas incorrecciones con que se encuentran en la piedra, para comprobar una vez más como fueron manos semidoctas y poco escrupulosas las que grabaron estas leyendas: ΑΕΙ-ΣΠΕΥ-ΔΕ-ΒΡΑΔΕΟΣ. Y la frase latina dice: SEMPER-FESTINA-LENTER.

Separa σπευ de la palabra siguiente δε, porque este buen cantero cursó humanidades allá en su juventud un tanto lejana, y sabía que δε es una partícula bastante frecuente en griego; y en cuanto al σπευ, lo creyó también muy bien cortado como frase helénica. A continuación escribe una forma adverbial en ος en lugar de ως. ¡Dónde tendría arrumbada aquella gramática griega que él con tan poco fruto había hojeado, y aun deshojado, en sus alborotados años de estudiante!

La *R* que mete en la palabra *lenter* es una nueva confusión por sonsonete; el *semper* le llevó a escribir *lenter,* del mismo modo que el dilabuntur del enigma anterior debió producir la equivocación de lugar de la palabra *maxime.*

Esta falta de escrupulosidad y descuido del grabador, inficio-

nado por algo de cultura mal digerida, creemos que puede ser la explicación de las continuas alteraciones de textos que estamos viendo y de las confusiones y oscuridades de algunos de ellos.

Pero volvamos a nuestras leyendas y los símbolos que las representan, que en este caso es el mismo en una y otra parte del grabado, como es idéntica también la frase aunque repetida en idioma distinto.

Σπεῦδε βραδέως. Apresúrate despacio. Dice Erasmo, [1] a propósito de esta sentencia: Pocos como Fabio Máximo, que recibió el apodo de Cunctator, encontrarás, que siguiendo este proverbio, «tempestivam celeritatem cum prudenti tarditate recte inmiscuerint. Y más adelante añade: «Itaque non sine causa video factum, ut hoc σπεῦδε βραδέως, in tamtum arriserit duobus imperatoribus romanis, omnium facile laudatissimis, Octavio Augusto, et Tito Vespasiano..... Octavius igitur Augustus hoc dicto tam impense delectatus est, quemadmodum in Noctibus Atticis lib. 10, cap. II narrat A. Gelius, et hunc sequutus Macrobius Satur. lib. 6, ut non in sermonibus modo quotidianis crebrius usurparet, verum etiam epistolis suis frecuenter insereret».

Sentencia que gustaba sobre manera a ambos emperadores, Augusto y Vespasiano, y que si el refinado Augusto se complacía en expresarla en griego, ni él ni Vespasiano desdeñarían pronunciarla en la lengua materna, o sea el *Festina lente*, tan popularizado. Proverbio latino del cual dice también Erasmo en el mismo lugar, que es digno de ser grabado en todas las columnas y escrito con letras de oro en las puertas de los templos, de que se pinte en las salas de los magnates, y lo lleven los caballeros en sus anillos y los reyes en sus cetros, y de que en todas partes se represente, se celebre y se propague.

Y muy a cuento vienen con estas sentencias las figuras o símbolos que las acompañan, que son iguales en ambos compartimentos del enigma, coincidiendo con la igualdad perfecta que, aparte la versión en lengua diferente, hay también entre ambos proverbios.

Tratando del emblema del delfín enlazado con el áncora dice el ya repetidamente citado Maestro Diego López, que por ellos

(1) Erasmo: Adagia, en la palabra Festina.

se entiende el propio rey y el oficio de gobernar, y que Augusto y Vespasiano los usaron como insignias y público blasón. Y en efecto, una estatua de Augusto descubierta en 1863 en la villa de la emperatriz Livia, lleva al lado un delfín sobre el que cabalga un cupido, y en monedas de Vespasiano se ve acuñado por un lado el busto del emperador y por el otro el delfín enlazado en el áncora.

En el presente grabado vienen, pues, a ser los delfines con el áncora, como figuras parlantes que nos dicen los nombres de los emperadores que gustaban de la sentencia que sobre ellos se ostenta.

Y a la vez se nota sobre éste la influencia de otro símbolo: la rémora enlazada en una flecha, al que cuadra con toda perfección el *festina lente.*

La rémora es pez tardo y pesado, que detiene según la leyenda a los navíos, a los que se acercan en bandadas; la flecha es harto veloz y ligera, de suerte que una con otra cosa se componen bien y pueden formar un todo perfecto, como dice Alciato más al detalle en el emblema 20.

El delfín, amigo del hombre, que acompaña a los barcos más veloces, [1] representa por el contrario un pez ligero y ágil y la precipitación con que él se mueve, se ve contrarrestada en el simbolismo de este enigma por el áncora a la cual va entrelazado su cuerpo, de modo que muy bien se compaginan con estas figuras las leyendas que sobre ellas campean.

Símbolo es este del delfín y el áncora muy divulgado en la época en que se esculpen los enigmas salmantinos, lo mismo que la leyenda *festina lente*, usados uno y otra como marca de aquellos cultos impresores venecianos, conocidos por los Aldos, a quienes tanto deben los amantes de los clásicos griegos y latinos y cuyas ediciones debieron llegar en buen número a la Universidad de Salamanca, a juzgar por las que aún se conservan en su biblioteca.

Y habrá visto el lector que siempre que se citan el texto griego o latino de este emblema, se hace sin anteponer los adverbios

---

(1) καὶ δελφῖς τοὺς πλέοντας προπεμπει ἀναχουσῶν ὡς ἥδιστον.
Y los delfines acompañan a los navegantes lanzando con placer resoplidos al aire. S. Gregorio de Nisa.

que el autor de los enigmas evidentemente les ha añadido. Ni el ∴, ni el semper se emplearon nunca en estas frases; otra prueba más, si aun se necesitara, de la libertad con que procedía el que compuso o grabó estas inscripciones.

Gran parecido existe entre esta sentencia y la de *velocitatem sedendo*, que comentamos en primer término; pero nótese bien que si el sentido de aquélla era el de que no se hiciesen las cosas graves con precipitación y atropellamiento, si se quería hacerlas prontamente, el de ésta parece recomendar más concretamente que las cosas se hagan a su debido tiempo; y tal vez por esto añadió el autor ∴ y *semper*, es decir, en todo momento debemos proceder con oportunidad, porque como dice Diego López, «hay algunos que estudian dos, tres o quatro dias mucho, y luego dexan passar otros tantos meses que no abren el libro, ni lo toman en la mano, y estos nunca saben nada, porque no usan de la templança necesaria.»

Vosotros, jóvenes estudiantes, los que pasais por estos claustros salmantinos indiferentes a lo que sus sabias piedras os quieren enseñar, alzad la vista, leed y meditad un poco.

Aprended a aprovechar el momento oportuno, observad primero y actuad después, cuando llegue vuestra hora, cuando el fruto esté ya maduro y a punto de desprenderse del árbol.

Pobre flor de estufa, con cultivo forzado; tú, mal aconsejado escolar, que despreciando la alegría un tanto irreflexiva de la edad te propusiste con serio, constante y excesivo esfuerzo, y lo has conseguido por cierto, ser el notario, el juez o el catedrático más joven de la nación, ¿no ves que llegas a ese puesto agotado ya en espíritu y fuerzas, y a nadie, empezando por ti mismo, prestas utilidad alguna? ¡Cuánto mejor si prudentemente, sin precipitaciones, hubieras sabido mezclar los gustos lícitos y sabrosos de la vida con las tareas más graves y menos gratas de la ciencia; aquélla te hubiera enseñado lo mucho de ella que aún no sabes, y ésta, conquistada más en sazón, te hubiera mostrado aún mejor sus secretos!

Y vosotros los maestros que venís a la vieja escuela a enseñar los saberes, no desprecieis esta que es alta y gran sabiduría. Se pasó ya la edad de las inconscientes y locas alegrías; sois sacerdotes, sois moldeadores y hasta creadores en cierto modo de

almas; entregaos de lleno a la ciencia, la ciencia pura que vive tan apartada de mezquindades y pasioncillas, y en vuestra madurez os dará deleites comparables a los que la vida os dió en vuestra juventud.

Cada edad, cada profesión, tiene sus cuidados y preocupaciones: cada día trae su propio afán, como dice el libro santo. Que cada cual obre en tiempo oportuno y en la forma en que sea llamado, he ahí el secreto del éxito.

Aus den Wolken muss es fallen,
Aus der Göter Schoss, das Glück,
Und der mächtigste von allen
Herschen ist der Augenblick.

(SCHILLER)

TEMPUS, EDAX RERUM.

La forma de las figuras de este 7.° enigma y su leyenda, casi totalmente destruída, llevan fácilmente a pensar que aquí sólo se ha tratado de llenar el antepecho con motivos ornamentales muy del gusto de la época, como si al autor de estos emblemas se le hubiera agotado ya la vena, o se sintiese fatigado del esfuerzo hecho para inventar los asuntos de los otros.

Tal llegamos a pensar de primera intención; pero sobre esa cinta, que en doble voluta se ve en el centro de este compartimento, colocada para entonar con los demás que siempre llevan un signo de separación, apreciamos huellas de letras y aun algún carácter que se conservaba en plomo, que excitaron nuestra curiosidad.

Y como ni unos buenos prismáticos nos permitieron descifrar la tan deteriorada leyenda que allí sin duda alguna había, trepamos por una escalera de mano hasta tocar la inscripción, y a fuerza de tiempo, de comparaciones de las huellas que las destruídas letras habían dejado y de observación minuciosa y hasta con lupa, se nos fué revelando su contenido.

Se trata de un verso de Virgilio [1] modificado (¡cómo no!) y que comenzando por el extremo superior izquierdo de la cinta y siguiendo la evolución de ésta, se lee así: SIC-IN-SE-SUA-PER-VESTIGIA-VOLVITUR-AN.

Erasmo, en su obra ya citada de los adagios, dice al hablar de esta frase: «Item annum hoc modo demostrabant. Effingebant (se refiere a los egipcios) serpentem ita circumvolutum, ut cau-

(1) Virg. Georg. II, 401-«Atque in se sua per vestigia volvitur annus.

dam ore teneret insertam, innuentes annum semper iisdem vicibus temporum recipro cantibus in se recurrere. Unde Servius autumat apud graecos ἐνιαυτοῦ, vocabulum atributum anno, atque hac respexisse Maronem quum ait.

Atque in se sua per vestigia volvitur annus».

El texto que acabamos de copiar nos ahorra otras explicaciones; porque éste si que es enigma claro, y bien se ve el propósito del autor al grabar esas serpientes formando anillo (annullus, de annus, año y círculo), que se muerden la cola y unas con otras se entrelazan, de representar la sucesión contínua e incesante del tiempo, la rotación de los años y las generaciones, enlazándose unas con otras. Y hasta la leyenda, obedeciendo a este simbolismo, gira y se retuerce sobre sí misma como otra serpiente más y forma dos anillos enlazados.

Tal es el devenir constante de la vida; πάντα ῥεῖ, que dijo Heraclito. En el mismo lugar de la corriente nos sumergimos de nuevo, pero el agua aquella es ya pasada y con sus energías ocultas, con sus alegrías murmurantes, va camino de la mar.

«Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus» [1]

Por eso conviene no desperdiciar el tiempo, que se nos va sin sentir, sobre todo en las horas felices; que nunca el reloj suena para los dichosos, como dijo un poeta. [2] Porque el tiempo es más que oro, frase materialista propia de este nuestro siglo; el tiempo es enseñanza y es vida; vida que perdemos para siempre y cuya pérdida sólo a costa de grandes esfuerzos podremos compensar.

Y es enseñanza llena de dolor muchas veces, y por eso acaso la que más firmemente se nos graba: πάθει μάθος dijo Esquilo, [3] el dolor es el que nos enseña las grandes verdades de la vida, y él es también el que nos muestra la vía luminosa de la esperanza redentora.

«Muchas veces se semeja nuestro destino a un árbol frutal en pleno invierno. ¡Quién ha de pensar que esos rígidos brazos, que esas ramas erizadas de púas, se cubrirán de verdor y florecerán en la próxima primavera, y llegarán a dar fruto! y sin embargo así lo esperamos, así nos consta.» [4]

(1) Virg. Georg. III, 284.
(2) Schiller. Picolomini-III.
(3) Esquilo. Agamenón.
(4) Goethe. Wanderjahre. Edición Goedeke-Gotta, 1893-1896. Band, 18-s. 158.

ANTE LA ESFINGE

Y llegamos al más inextricable de los enigmas, aquel del centro, n.º 4 de ellos, que hemos dejado de propósito para último lugar.

Debemos tener presente antes de entrar en su estudio, en primer término, la regularidad con que viene repitiéndose en todos los enigmas el pareamiento de la sentencia, el dividirla en dos partes íntimamente relacionadas y que se corresponden con los dos grabados que las acompañan.

Ya hemos visto como en el enigma 6.º, al repetirse la figura se repite también la sentencia para que el paralelismo sea más exacto; y en cuanto al 7.º, que acabamos de estudiar, debe notarse que si la leyenda no campea en ambas partes del enigma, es porque ella misma sirve de división común y lo mismo se puede aplicar a las serpientes que hay en el primer compartimento que a las del segundo, idénticas en posición y forma.

No debemos tampoco olvidar la falta de escrúpulos en autor y grabador y las alteraciones ya de textos, ya meramente ortográficas, que con sus libertades han introducido uno y otro en las inscripciones.

Y, por último, hemos de advertir que la trascripción de la leyenda de este emblema, letra por letra, es exacta y sin que puedan caber dudas sobre los signos; pues no habiendo sido emplomados, como ya nos parece haber dicho antes, se conservan admirablemente, pero sin separación de palabras, debido, sin duda, al poco espacio de que dispuso el grabador.

He aquí lo que se lee:

TEBIT2 - INCOLUMEN - VITE - PIE - GUBERNĀDO -
D°E - SACRIFICIA - NĀ - E - LABORE

Y en la parte inferior dice:

QUE - SERVABIT2 - DEO - SUBDITŪ
FIRMA - CUSTODIA

A continuación en letra más pequeña y como queriendo establecer nueva separación:

LIBERE - SENSIM - REDVCĒ - A - NI7

Inscripción que en la forma gráfica corriente pudiera leerse así

TENEBITUR INCOLUMEN VITE PIE GUBERNANDO
DEO SACRIFICIA OMNIA E LABORE.

QUAE SERVAVITUR DEO SUBDITUR FIRMA CUSTODIA.
LIBERE SENSIM REDUCES A NOBIS.

Aun plagada de dislates e incorrecciones, a pesar de su construcción extraña y de la forma extravagante de algunas palabras, (ya vimos como el autor compuso la forma lenter que no existe en latín), así dividida la inscripción parece entenderse algo de su contenido.

Se pasará dignamente por la vida (o se mantendrá sanamente en la vida) dirigiendo piadosamente a Dios los sacrificios de nuestro trabajo.

Las cosas que se reservan a Dios están bajo la mejor vigilancia.

Libremente, poco a poco, eres atraído por nosotros.

No pretende ser esto una traducción, ni mucho menos, de las indescifrables incongruencias de esta leyenda; pero veamos si algo en el mismo sentido nos dicen también los símbolos numerosos de este compartimento.

El pez que lleva la cinta enrrollada, indudablemente es un delfín, pues su forma es igual que la de este animal, esculpida en el emblema 6.°; el labio superior que se prolonga hacia arriba formando una pequeña voluta, la forma de la boca, del ojo, del cuerpo y su ornamentación, salvo algún pequeño detalle dependiente del tamaño y posición, es igual en éste que en los delfines enlazados al áncora.

¿Y qué significación puede tener aquí este delfín, que va unido con esa cinta al arca, como si ambas cosas tuvieran muy íntima relación o fuesen símbolos de una misma idea?

En el dizionario de Giovanni Cairo se lee al tratar de este animal: «Per questo significato (el de benevolencia y favor a los hombres) di alta considerazione, anche l'archeologia cristiana ripete il motivo ornamentale del delfino, in esso simboleggiando Cristo.»

De modo que no solamente el pez, antiguo símbolo cristiano tan repetido en las catacumbas, el 'Ιχθύς griego, palabra que se decía empleada con preferencia, porque sus letras son las iniciales de la frase 'Ιησοῦς Χριστος θεοῦ Υἱὸς Σωτηρ, sino más concretamente el delfín, es el representante de Cristo.

Al lado de este símbolo se ve en el grabado un arca cerrada, por la argolla de cuya tapa pasa la cinta que se enlaza en la cabeza del pez. Por la unión que hay entre ambos símbolos, parece que debe ser esta otra figura sagrada. ¿Y cuál puede ser, tratándose de un arca, más que el Arca Santa de la Alianza, representación de todo rito sagrado antes de la venida del Mesías?

Por tales consideraciones nos inclinamos a creer que ambas figuras, el pez y el arca, representan en el grabado la religión en el nuevo y el antiguo testamento.

Y entonces, todas esas otras figuras pequeñas que se ven en los recuadros, bien pudieran simbolizar, y esto concuerda con lo que de la leyenda se deja entender, los sacrificios que se ofrecen a la divinidad, los trabajos de diversa índole que el hombre ejecuta y los pone bajo la custodia de Dios, para que El dirija y gobierne nuestra vida por caminos de piedad y salud.

Muchos de esos pequeños instrumentos y figuras que se ven en los compartimentos, parecen confirmar lo que decimos. Una mano que coge un ave de dos cabezas tal vez para sacrificarla, pues a continuación aparece un cuchillo sobre una tabla de partir; un ara o mesa de sacrificios que en la parte inferior tiene el fuego preparado, el ave que se va a sacrificar sobre la mesa, y un ojo que quizás represente algo de paganía, el augurio mirando el ojo del ave que se acaba de ofrecer a la divinidad. Y esa cabeza de buey con sendos martillos colgando de los cuernos, que bien pudiera representar la Arquitectura.

Y en la parte inferior se ven símbolos de la caza y la pesca en el ave y el anzuelo, de la agricultura en ese ramito de hojas, de las profesiones liberales en la pluma, que aparece atada a una figura rara con un ojo, de las industrias del hogar en esas vasijas, en ese ovillo, tal vez en esa rueda. Y como abarcando todas estas pequeñas figuras, y presidiéndolas, el pez y el arca, es decir, la Divinidad, que como dice la leyenda, poco a poco y libremente es atraída por nosotros.

Que todo esto no deja de ser más que una fantasía, no tenemos inconveniente en reconocerlo, ni pretendemos a pesar de lo que llevamos escrito, haber dado la solución total del emblema; pero creemos que no vamos muy equivocados al afirmar que algo y aun algos de lo dicho encierra el enigma de esta nueva esfinge.

Algún Edipo afortunado vendrá que nos lo aclare, y para nosotros será motivo de alegría y justa satisfacción si con este trabajo logramos excitar su curiosidad y atención hacia estas lenguas de piedra del claustro universitario salmantino.

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES

(Fotos V. Gomban, Salamanca)